

EDUARDO GALEANO

Eduardo Galeano es el escritor más famosos de Uruguay, es el autor del libro “*Las venas abiertas de América Latina*” (Die offene Adern Latinoamerikas). Un libro obligatorio para estudiantes de politología, antropología, etc. Pero otro libro más simpático es una trilogía, no recuerdo muy bien el/los título(s); algo así como “Memorias del fuego”... (Am Anfang war das Feuer...o algo así...)

Y por casualidad he leído un artículo de Galeano en *El País Semanal* sobre el terremoto de Haití:

“Las otras réplicas”

Por Eduardo Galeano

La tragedia de Haití ha originado un formidable movimiento internacional de solidaridad. Pero, según el autor, el terremoto también ha provocado otras réplicas. Son temblores (Zittern) de hipocresía (Heulerei), racismo y amnesia que ningún sismógrafo es capaz de (puede) registrar

Pat Robertson, tele-evangelista de gran audiencia, explicó claramente este asunto del terremoto. El pastor cristiano cantó la verdad: Las placas tectónicas no tienen nada que ver (tener que ver =zu tun haben mit) con la tragedia de Haití. El terremoto es una consecuencia del pacto que los negros haitianos habían hecho con el diablo hace dos siglos. Satán los liberó de Francia, pero Haití se convirtió en *un país maldito*.

El bueno de Pat no está solo. Son muchos los que creen que la libertad fue el pecado (Sünde) que condenó (verurteilte) al país a perpetua (eterna) desgracia. Haití no sería un país maldito (verflucht) si hubiera aceptado su destino colonial.

Pero ¿maldito por quién? Los negros haitianos habían humillado al Ejército de Napoleón Bonaparte, que en esa guerra perdió dieciocho oficiales, y Francia cobró (stellte in Rechnung) cara esta culpa. Durante más de un siglo, Haití pagó a Francia una indemnización, equivalente hoy día a casi veintidós mil millones de dólares (22.000.000.000), por haber cometido (begangen) semejante (=tal, solche) sacrilegio (=la independenciamaldito)(Condición de Francia para aceptar a Haiti como un país libre).

El nuevo país nació endeudado (verschuldet) y arruinado; arruinado por la guerra de independenciamaldito, que a tantos mató o mutiló (amputar una pierna, brazo), y también arrasado (verwüstet) por la explotación despiadada de sus suelos y de sus gentes extenuadas (fatigadas) en el trabajo esclavo. La prosperidad de Francia había sido la ruina de Haití. Todo el país se había reducido a una inmensa plantación de azúcar, que aniquiló (mató, acabó, exterminó) los bosques y secó la tierra. Los negros libres heredaron un reino sin sombra y sin agua.

En estos días, la prensa (los diarios, los periódicos) ha difundido reseñas (datos, artículos cortos) históricas. Se supone que ayudan a entender lo que ocurre. En casi todos los casos, nos cuentan que Haití fue el segundo país libre de las Américas, porque había seguido el ejemplo de la independenciamaldito de Estados Unidos. La verdad es que no fue el segundo. Fue el primero. El primer país *de veras* (=verdaderamente) libre, libre de la opresión colonial, sí, pero también libre de la esclavitud. Y fue el primero, precisamente, porque *no* siguió el ejemplo de Estados Unidos: Haití fue un país sin esclavos sesenta años antes que Estados Unidos, cuya (deren) primera Constitución estableció que un negro equivalía a las tres quintas (3/5) partes de una persona blanca.

Y Haití nació, por eso, condenado (verdammmt) a la soledad. Haití difundía/reflejaba (ausbreiten) , con su ejemplo, una peste contagiosa: Era “un mal ejemplo” para las otras

colonias españolas (de México a Argentina), colonias portuguesas (Brasil), colonias inglesas (Jamaica, Belize, Guayana inglesa, Trinidad y Tobago y muchas islas de las Pequeñas Antillas), colonias holandesas (Guayana Holandesa, Curazao), colonias francesas (Guayana Francesa y muchas islas en las Antillas)... Por eso ningún otro país reconoció su existencia. Todos le dieron la espalda.

Ni siquiera Simón Bolívar, cuando gobernó la Gran Colombia (Venezuela+Ecuador+Colombia y Panamá), pudo recordar que debía su gloria a los haitianos, porque ellos le habían dado naves, armas y soldados, cuando él estaba vencido, con la sola condición de que liberara a los esclavos.

Otra réplica del terremoto: son muchos los que creen, y no pocos lo afirman, que toda ayuda será inútil, porque los haitianos son incapaces de gobernarse a sí mismos. Llevan en la frente la marca africana. Están predestinados al caos. Es la maldición (Fluch) negra.

Por el mismo motivo, Estados Unidos no tuvo más remedio (no tuvo otra alternativa) que invadir Haití en 1915. Robert Lansing, secretario de Estado, explicó que "la raza negra es incapaz de gobernarse a sí misma y tiene una tendencia inherente a la vida salvaje y una incapacidad física de civilización".

El presidente Woodrow Wilson, premio Nobel de la Paz, admirador del Ku-Klux-Klan, firmó la orden de invasión, para restablecer el orden, evitar (vermeiden) el caos y *de paso* (by the way), cobrar (kassieren) lo que Haití debía (schuldet) a los bancos norteamericanos. Las tropas fueron "*por un ratito nomás*" (*por corto tiempo*), pero se quedaron diecinueve años. No pudieron restablecer la esclavitud, como habían hecho en Tejas y en Nicaragua, pero *al menos* (=por lo menos) impusieron un régimen de trabajo forzado que era bastante parecido, y mientras duró la ocupación militar prohibieron que los negros entraran en los hoteles, restaurantes y clubes reservados a los extranjeros. También prohibieron que el presidente de Haití cobrara su salario, hasta que corrigió su conducta y regaló el Banco de la Nación al City Bank.

Cuando las tropas se retiraron, dejaron un país bastante peor que el que habían encontrado.

Ojalá no se repita la historia, ahora que las tropas norteamericanas han regresado, traídas por el terremoto, y sobre las ruinas ejercen (ausüben) el poder absoluto.

Tierra desollada (geschlachtet), gente desesperada: Haití ha malvivido su vida, casi siempre sometido a las dictaduras militares. Dictadura tras dictadura: para que callen (schweigen) los muchos, y los pocos manden (gobiernen)

Uno de los dictadores, Baby Doc Duvalier, escapó de la furia popular en enero de 1986. Se fugó (escapó), acompañado por millones de dólares, en el avión militar que el presidente Ronald Reagan le envió, en agradecimiento por los servicios prestados.

Tiempo después, cuando el terremoto estalló, Baby Doc anunció, desde el exilio, que iba a donar a Haití una parte del dineral que había robado. Fue conmovedor. Casi tanto como el gesto del Fondo Monetario Internacional, que ha decidido *prestar* (borgen) a Haití cien millones de dólares.

La experiencia ha demostrado, en América Latina y en todo el sur del mundo, que los expertos internacionales son tan útiles como los dictadores militares, quizá más, y resultan mucho más presentables, porque matan para ayudar a sus víctimas.

En Haití, como en muchos otros países, han sido el Fondo Monetario y el Banco Mundial quienes pulverizaron (hacer polvo) el poder público y eliminaron los subsidios y los aranceles (Steuer, Abgaben) que de alguna manera protegían la producción nacional de arroz. Los campesinos que vivían de sus cultivos fueron convertidos en mendigos (Betler) o balseiros (personas que escapan a EEUU en balsas o botes), arrojados (lanzados) a la calle o a los tiburones (Haie), y Haití empezó

a importar el arroz, ése (ese arroz/dieser) sí (schon) subsidiado, ése sí protegido; arroz de Estados Unidos.

Gracias a los buenos servicios de estos filántropos internacionales, el terremoto aniquiló (exterminó) un país aniquilado (terminado): sin Estado, sin instituciones, sin hospitales, sin escuelas.

¿Sin nada? ¿Sin nada de nada?

En 1996, el diputado alemán Winfried Wolf, que llevaba unos cuantos días en Haití, consultó las estadísticas internacionales. Había escuchado una y mil veces que Haití es un país superpoblado. Le sorprendió descubrir que Alemania está casi tan superpoblada como Haití. Pero admitió: "Sí, Haití está superpoblado: de artistas". Winfried recorría los mercados sin cansarse nunca de tanto admirar las creaciones del arte popular de este país. Las haitianas y los haitianos tienen manos magas (mágicas), que revuelven la basura y de la basura sacan fierros viejos, cristales rotos, maderas gastadas, cosas que parecen muertas, y esas escultoras y escultores les dan vida y alegría.

Haití es un país arrojado (tirado, lanzado) a la basura, tierra despreciada, tierra castigada, que ahora parece, después del terremoto, más muerta que nunca. ¿Le quedarán manos magas, capaces de resucitarla?

Uno de los sobrevivientes, que perdió a su mujer, a sus hijos, su casa, su todo, respondió a la pregunta de un periodista: "¿Y ahora?"

- "Ahora lloro. Todas las noches lloro. Aquí, en la plaza donde duermo, lloro. Y después me levanto y camino. No sé adónde. Camino. Sigo. Busco la vida. No me preguntes por qué".